

Pero la buena fé de Luis Napoleon ha venido á desorientar completamente á la España.

Recordad que las fuerzas españolas fueron las primeras en invadir nuestro territorio. Recordad tambien el aire de conquista con que se presentaron.

Despues vino el General Prim á cambiar del todo la política española. Y ved como juzgo yo esa estraña peripetia.

El Conde de Reus es un cumplido caballero: yo reconozco que tambien es un hábil político. Al encargarse del mando del ejército español, ya Luis Napoleon habia avanzado demasiado en sus proyectos relativos al archiduque Maximiliano. Los comisarios franceses y Almonte, *mejor informado que ellos*, lo decian sin embozo. ¿Qué podia hacer España? ¿Plantar frente á la candidatura de un austriaco, la candidatura de un Borbon? Esto era tanto como ponerse frente á frente de Luis Napoleon; y era tambien divertir al mundo con el mas grotesco espectáculo. ¿Seguiria España adelante, reservando para mas tarde su proyecto favorito? Pero entonces su misión era muy divertida—quedaba reducida á asegurar la presa al mismo que se la venia á arrebatar. Y como el poder frances es muy superior al poder español, S. M. C. [usando una espresion vulgar] habria hecho un pan como uvas hostias.

He aquí, en mi opinion, por qué el gabinete de Madrid aprobó la conducta del caballeroso General. He aquí por qué pienso que la España está imposibilitada de presente y futuro para realizar su dorado ensueño de coronar en México á un príncipe Español.

Respecto de Inglaterra tengo muy distinta opinion. Su interes mas urgente está en contener los rápidos progresos de la raza anglo-americana, su competidora temible en la industria, la marina y el comercio. Tiene otro interes de primer orden, y es: el de contar en América con ricos mercados, en los que los efectos ingleses conserven la supremacia de que hoy gozan. Tiene aun otro: el de las primeras materias para su colosal industria. Hasta hoy las ha recibido casi todas de los Estados-Unidos del Norte; pero seria para ella un dia de placer, aquel en que pú-

diera ministrarlas otra raza cualquiera. La Inglaterra conoce muy bien á México, para saber que, el dia en que florezca su agricultura bastará para proveer al mundo.

Ahora bien: una dominacion estraña en México solo podia ser ejercida por la misma Inglaterra, por la Francia, ó por la España. El gabinete ingles sabe muy bien que cualquiera de estas dos últimas comenzaria por considerar como suyos el mercado y los productos de la agricultura mexicana: tratarian de aprovecharlos para su propio comercio y su propia industria; resultando que los efectos ingleses perdieran la libre circulacion que hoy tienen y que la industria inglesa continuase siendo dócil tributaria de los Estados-Unidos. Y esto, sin contar el inmenso perjuicio que resentiria la marina inglesa.

Ademas, (y esta es una razon para que la Inglaterra no intente ser ella misma la dominadora) los Estados-Unidos rechazarán, tarde ó temprano, con las armas toda intervencion europea en este continente. La Inglaterra sabe muy bien que para vencer sobre el suelo de América á esta nacion no bastaria ni toda la Europa, reuniendo sus recursos; y comprende que tal empresa, lejos de contener á su rival, le daria un impulso y un ascendiente extraordinarios.

Hay otra razon concluyente para que la Inglaterra no piense jamas en dominar á México. Para efectuarlo necesitaria traer y establecer aquí á un ercido número de ingleses; y ya sabe por esperiencia propia lo que debe esperar de sus hijos, toda vez que hayan creado intereses locales de este lado del Atlántico. La Inglaterra no se equivoca dos veces en el mismo sentido.

Nos queda la Francia.

No estrañeis, Señores, lo que voy á decir. Son mis íntimas convicciones; y las encuentro fundadas en datos incontestables.

El pueblo frances se creeria deshonrado, si fuese autor del infame atentado, que Luis Napoleon no ha tenido vergüenza de emprender. El pueblo frances ha hecho sacrificios inmensos por la libertad del mundo. El pueblo frances está (perdonad la espresion) abrumado por las glorias que ha sabido alcanzar; por la gratitud de todas las generaciones;

por el respeto que á todos infunden su nobleza y lealtad. El pueblo frances no borraria con un momento de criminal codicia, todo un siglo de nobleza, de heroicidad, de filantrópico desprendimiento.

El pueblo frances no está bien informado de lo que realmente pasa en México. ¡Tiembale Luis Napoleon! El momento en que ese pueblo generoso conozca la verdad, será el último de la odiosa tiranía, que tanto se ha dilatado en sacudir.

Pero véamos la cuestion á la luz del principio que hemos adoptado por tema. ¿Qué interes puede tener la Francia en arrebatar á México su nacionalidad? Haced á un lado las colosales empresas de Napoleon el grande, y vereis bien claro que jamas ha tenido ni aún la tentacion de hacerse conquistadora. El pueblo frances aspira á llenar el mundo; pero por el génio, por la inteligencia, por las ciencias, por las artes, por la práctica de todas las virtudes, por la observancia de todos los derechos. ¿Y no lo ha llenado ya? ¿Quién puede negar á la Francia el justo renombre de caballerosa é ilustrada?

Ahora, pensar que la Francia busque dominaciones ó protectorados en este continente, es desconocer al génio frances. Creer que sus intereses materiales se extiendan mas allá de la libertad del comercio, de la industria y del trabajo, es suponerle gratuitamente aspiraciones, que nada hay absolutamente que pueda autorizar.

Los verdaderos enemigos de México son Luis Napoleon y Juan N. Almonte. La versatilidad de éste y la ambicion de aquel son las que han comprometido las armas francesas en una empresa desleal y vergonzosa.

Los motivos que han impulsado á esos dos hombres no son ya un misterio. La prensa europea ha revelado alguno, y yo tengo el derecho de referirlos todos.

Los célebres bonos de Yecker, ese ejemplo inaudito del ágio mas inmortal, son el primer motivo. Altos personajes de la corte de Luis Napoleon adquirieron una buena parte de esos bonos. ¡A qué precio! Valia mas el plato de lentejas con que Jacob compró la primogenitura de Esaú. El precio fué la esperanza de que la nacion francesa tomara

bajo su proteccion ese crédito escandaloso. Los *honradas negociantes* habian improvisado una bonita fortuna, ¿Cómo no interesar al emperador en su cobro? ¿Y cómo el emperador negaria un servicio tan pequeño á tan altos personajes, entre los que no faltaba *alguna* persona de su familia?

Almonte, *mexicano*, y segun el emperador muy influente en México, tuvo buen cuidado de informarle: que la conquista de la República era tan fácil, que para consumirla bastarian cinco mil franceses, los que serian recibidos con arcos triunfales por un pueblo, que aclamaria por emperador al que S. M. I. se dignara designar.

Con tan buenos informes (que tambien dieron y enearcieron otros dos ó tres *mexicanos*) reducirse á una solo reclamacion, era muy poco. Dominar á México y darle por emperador á un individuo de la casa de Austria, era cosa de que podia sacarse algun provecho. Así se estendia en una parte no pequeña de América la influencia napoleónica. Así se preparaba al Austria para que (*regalo por regalo*) ella cediese, siquiera á Venecia. Así se completaba el renjiendo, aun pendiente, en Italia; pudiendo *contentar*, tal vez hasta al mismo Papa, mediante una de esas evoluciones de que ya tenemos ejemplo.

Pero, ¿que pretesto alegar ante la Francia, ante el mundo? Nada mas facil: los bonos de Yecker, la convencion francesa; y mas que todo los *imparciales* informes de Gabriac y de Saligny, que tambien son del número de los *honrados* especuladores.

Con tan *leales* intenciones se fué á empeñar la fé de la Francia en la convencion de Londres. Pero, ¿como desperdiciar esta coyuntura? Si la Inglaterra y la España se dejaban engañar, tanto mejor. Si retrocedian ante la criminal conducta de los comisarios de Luis Napoleon, éste tiene sobrado poder para consumir la obra por sí solo; y ademas Almonte traerá á su derredor á todo el pueblo mexicano.

Asi es como, bajo la salvaguardia del honor frances, se mintió en la convencion de Londres, se mintió ante la cámara legislativa de Francia, se mintió en los preliminares de la Soledad. Y cuando se creyó haber reunido los ele-

mentos necesarios para realizar el complot, los comisarios franceses aventaron la careta, dando un ejemplo escandaloso, de perfidia y deslealtad, que la Francia no puede aceptar y que México sería injusto en atribuirle.

Luis Napoleon dispone, es cierto, de los recursos y del ejército de Francia; pero no es creíble que esa Nación ilustrada reporte mucho tiempo la nota infamante con que se la quiere manchar: no es creíble que permanezca de fría espectadora, cuando para realizar proyectos insensatos, se prodiga su sangre, sus tesoros y su limpio honor.

México debe conservar la actitud noble y digna en que ha sabido colocarse: debe *á toda costa* redoblar su actitud. Le costaría muy poco hacer un pronto esfuerzo para obligar al General Lorencez á una capitulación. Sus fuerzas saldrán de la República: Luis Napoleon se dilatará mas en mandar los treinta ó cuarenta mil hombres que ahora cree necesarios: cuando estos estén listos, ya nuestros puertos se hallarán en estado de defensa: el invasor necesitará entonces, sobre el ejército de tierra, una escuadra que, si puede, le abra las puertas. Entre tanto, Dios hará resplandecer la justicia. Yo tengo el presentimiento de que el primer anuncio que nos vendrá de la cesación de la guerra, será la grata noticia de la libertad del pueblo francés.

Por lo demás, la experiencia de toda nuestra vida nacional está probando, que en los grandes conflictos es donde México ha conquistado los grandes principios: allí es donde han brotado para ella las fuentes del bien.

La dominación española precipita al pueblo á buscar una situación mejor. La guerra de independencia cria y educa el sentimiento nacional. El efímero imperio abre una puerta amplísima al principio republicano. El régimen monstruoso de las siete leyes consolida la fé en el sistema federativo. Las bases de Tacubaya dan actividad á la democracia adormecida. La tiranía que sigue al plan de Jalisco despierta al espíritu de reforma. El golpe de Estado y la farza de Zuloaga y Miramón dan ocasión para que la reforma avance, casi hasta el último término, en el orden político y social. ¿Por qué, pues, no esperar que la invasión napoleónica, marque la época de la reforma gubernativa, de

la reforma judicial, de la reforma hacendaria? El gobierno debe emprenderla con fé, en medio del conflicto, al frente de las fuerzas invasoras, al estallido del cañon.

De ese modo, y aprovechando las muy favorables circunstancias que no he hecho mas que insinuar, se cubrirán de gloria los hombres que hoy rijen nuestros destinos. Y si en los altos arcanos de la Providencia está que México sucumba, sucumbirá con honor. Pero, si, como me dice mi corazón mexicano, hemos de salir airoso de la contienda, el mundo verá que el partido liberal mexicano, aún en los momentos supremos del peligro, trabajó por el bien de su patria y por el honor de su bandera, que es la de la justicia, la de la libertad, la de la dignidad humana. Y nuestros Héroes, que descansan en el seno de Dios, nos encontrarán dignos de la independencia, que á costa de su sangre, supieron alcanzar.

He concluido, Señores. Pero permitidme, que, como al empezar, haga una apelación á vuestra indulgencia. Sabéis muy bien que, hace mas de un año, me separé de toda intervencion en los negocios públicos, corté todas mis antiguas relaciones, eché un velo hasta sobre mis mas íntimas amistades; y poniendo entre el mundo y yo uno de vuestros desiertos, llevo en el fondo de este una vida ignorada y casi selvática. En vuestros desiertos no se puede estar al corriente de los sucesos; ni se puede poseer esa delicadeza de expresión, esa elegancia de estilo, esa riqueza de lenguaje, que tanto realce dan á un orador. A esto se debe agregar la torpeza invencible que, para manejar la pluma, experimenta una mano encallecida.—No era de esperar que yo fuese designado para este honorífico encargo; y aún despues de la elección debí escusarme. Pero ¿como negar un servicio tan corto al Estado generoso que me dá todo lo que le he pedido: el nombre de hijo y la quietud de un retiro?

Escuchadme una palabra mas. En la vida apacible que hoy tengo, un solo remordimiento viene á turbar la paz de mi alma, y procede de que no estoy empuñando un rifle al frente de los invasores de mi *PATRIA*. No voy á pronunciar una disculpa. Juzgadme con severidad, mas bien que con indulgencia. Pero vosotros no renunciéis á esa gloria,

que es la primera, la mas pura, la mas santa. Conjurad la tempestad que truena sobre nuestras cabezas; apartad el azote que está pronto á caer. Salvando nuestra nacionalidad honraremos dignamente la memoria de nuestros heroes; y podreis, llenos de noble orgullo, ostentar ante el mundo "ese placer inefable, esa alegría tierna y efusiva que, al contemplar las glorias de su Patria, experimentan los hijos de una Nacion feliz."

